



Viuda e hijos de Arango.

A. R. Sanchez lit

lit. U...

LA MUJER DEL LEVITA DE  
Efraim.



LA MUJER DEL LEVITA  
DE EFRAHIM.

---

..... Furor ingenti circumdata nocte  
Invidasque tibi tendens, heu! non tua palmas  
(Virgil. Georg. iv.)

---

**S**ER relativo y limitado, alma y cuerpo á la vez, el hombre goza solo de una libertad inconstante y debilitada, ligada siempre con los lazos de los sentidos y vencida á menudo por viles apetitos. Hijo empero de lo absoluto, y nacido para entrar en la senda de la felicidad, por el mérito, acuérdase el hombre de vez en cuando de su origen y camina recto hácia su fin, desplegando una prodigiosa energía. Como el Océano, que á los impulsos de una tormenta abre sus minaces abismos ó levanta hasta el cielo sus ondas bramadoras, la conciencia humana agitada y desnuda por las pasiones, deja ver en sus profundidades algo de infernal, ó va á tocar con lo infinito por la repentina impulsión de sus arranques sublimes. Considerando, empero, este espectáculo en actos colectivos



y que pertenecen á naciones enteras, toma proporciones colosales que llenan de asombro y de estupor. ¿Qué hay, por ejemplo, mas sorprendente que al ver la antigua Roma jurar sobre el puñal de Lucrecia el ódio y la extincion de la dignidad real torpemente mancillada, arrastrar á todos sus hijos en una formidable protesta contra el insulto hecho por uno de ellos á la castidad conyugal, é inaugurar su grande república vindicando el honor de una mujer? ¿No parece que en ciertos dias la humanidad quiere borrar los delitos de todo un siglo, despegar de la corrupcion de sus costumbres la pureza de sus creencias, y formarse un corazon nuevo pasando por un bautismo de sangre y de lágrimas?

Hay en la historia de los hebreos un hecho semejante al que sublevó á Roma contra los tarquinos. Este hecho fué seguido de una represion mas terrible, aunque no trajo consigo consecuencias tan graves en el órden político. Cierta levita habitaba en el pais de Efrahim. Investidos de una verdadera magistratura y juntamente de un ministerio sagrado, intérpretes y guardas de la ley que era política y religiosa, los levitas debian hallarse en relacion permanente con todos sus conciudadanos. Por esto Moisés los habia excluido de la reparticion de las tierras y dispersado por toda la extension de la república y entre las diversas tribus, en vez de señalarles un lote ó porcion separada. Por lo demas, ellos entraban por todos lados en el derecho comun, cuyas cargas debian sostener y cuyo beneficio podian invocar. Así que, el levita de Efrahim, aprovechando la tolerancia del legislador, tenia dos mujeres, y la que tenia el título de esposa secundaria ó de segundo órden, era de Bethlehem de la tribu de Judá.

Un dia esta mujer dejó á su marido, no se sabe de fijo el motivo, y volvióse á Bethlehem en la casa paterna. Esta separacion podia muy bien ser producida por rencillas domésticas, ó por aquella especie de emulacion casi inevitable en el sistema de poligamia; al modo que Agar se vió por fin obligada á abandonar la casa de su esposo Abraham, por la rivalidad de Sara. Cuatro meses habian ya trascurrido, cuando el levita tanteó una reconciliacion;

bien sea que él reconociese haber faltado, y desearse reparar sus faltas dando los primeros pasos; bien sea que la fuerza de la pasion, la debilidad del carácter, la fuerza sola de la virtud le impulsasen á mostrarse condescendiente. Partió, pues, llevando consigo un servidor y dos bestias de carga, cargados de provisiones. ¿Deberemos creer, que por su parte la mujer, despues de haberlo reflexionado, no aguardabamos que un pretexto plausible para entrar en negociaciones de paz, ó bien por su natural vivo, pero incapaz de guardar el rencor, se ablandó y desarmó á vista de una concecion? Sea como quiera, no afectó por cierto encastillarse en un desdeñoso orgullo, para imponer desde allí costosas exigencias y reducir á su humillado esposo á una especie de capitulacion: pasa á informar á su padre de tan inesperada como feliz visita, y éste dió á su yerno una acogida de agrado y de benevolencia. La conciliacion entre los dos esposos terminó por festines domésticos que duraron tres dias consecutivos.

En la mañana del cuarto dia se preparaba el levita á regresar á los montes de Efrahim; pero se interpuso el suegro, y no quiso que saliesen los viajeros ántes de haber tomado algun alimento: y aun mas, hizo tales instancias durante la comida, que se le concedió toda la jornada entera, y que la marcha quedase diferida hasta el dia siguiente. Llegado éste, se renovaron nuevas y encarecidas instancias. «Te ruego, decia el habitante de Bethlehem á su huésped, que tomes algun alimento y rehagas tus fuerzas para partir cuando haya calmado el calor.» No pudo resistir el levita; con todo, como la comida y la conversacion se fuesen prolongando, levantóse, á pesar de los ruegos de su suegro que afectuosamente insistia. «Ya vés, le dijo, que el dia está muy adelantado y que se me acerca la noche: quédate tambien hoy conmigo, y pasa el dia alegremente, que mañana partirás para regresar á tu casa.» El yerno se mostró por fin inflexible, pertinaz, como sucede algunas veces, cuando insistiendo tenazmente en resoluciones combatidas, marchamos por nosotros mismos ó arrastramos á otros á una catástrofe.



El levita, su mujer y su criado salieron de Bethlehem un poco tarde; y despues, á dos leguas de allí, cerca de la ciudad ó castillo de Jebus, que fué posteriormente Jerusalem, y en donde los cananeos idólatras permanecian todavía, propuso el criado detenerse para pasar la noche. Mas á ello se opuso el levita. «No entraré yo, dijo, en poblacion de gente extraña, en que no habitan los hijos de Israel, sino que continuaré hasta Gabáa, y allí nos quedaremos, á ménos de adelantar hasta Rama.» Dejaron, pues, los viajeros a Jebus á un lado, y siguiendo su camino, llegaron al ponerse el sol á Gabáa, en la tribu de Benjamin. Sentáronse en medio de la plaza pública, aguardando á que, segun costumbre de su nacion, viniese alguno á ofrecerles hospitalidad. Las casas públicas del hospedaje no eran del todo desconocidas en aquel tiempo; pero se hallaban muy pocas, pues no habia prevalecido todavía la costumbre de vender el pan y el reposo al extranjero.

Ningun habitante de la ciudad tuvo compasion de los tres peregrinos. Con todo, al entrar la noche presentóse un anciano, que era tambien de la montaña de Efrahim, y desde algun tiempo habia fijado su domicilio en Gabáa. Y viendo al levita sentado en medio de la plaza, al lado de su pequeño bagaje, le preguntó: «¿De dónde vienes y á dónde te diriges?»—«Hemos partido de Beehlehem en Judá, contestó el levita, y regresamos á nuestra casa, que está al lado de la montaña de Efrahim, y nadie quiere darnos hospedaje: tenemos paja y heno para las bestias, y pan y vino para mí, mi mujer y el criado que me acompaña: no necesitamos sino posada.»—«La paz sea contigo, respondió el anciano, yo te daré todo lo que necesitas: ruégote tan solo que no permanezcas mas en esta plaza.» Hizo, pues, entrar á los viajeros en su casa, y les prodigó todos los cuidados de la hospitalidad; por que el corazon virtuoso de un viejo queda siempre jóven, y sabe dar á los servicios que presta y á los trabajos que completa bajo el peso de los años, un cierto aire de interés y de majestad que conmueve las entrañas: parece que su corazon reboza por sobre sus órganos debilitados, á la manera de un generoso licor que se escapa de un vaso demasiado estrecho.

Vamos á entrar otra vez en aquellas repugnantes escenas, que parecia haber dejado ya sepultadas las llamas de Pentápolis: entreabrir debemos otra vez aquellas llagas asquerosas que afrentan á la humanidad. Tras los horrores de la mas nefanda corrupcion, siguen los horrores de la venganza y del carnaje. El pueblo escogido, el pueblo predilecto y amparado de Dios, y puesto bajo la custodia de su mano poderosa; aquel pueblo que solo tenia que observar la ley de los pueblos en prosperidad y en reposo, vuelve á aparecer á nuestros ojos como una horda inmensa de salvajes, poco ménos que antrófagos, abandonados á todas las infamias de la carne y á todos los desfuegos de la última barbárie. Bien se deja ver cuán necesaria era al mundo la presencia del Hombre-Dios, que hubiese estampado su huella divina sobre esta tierra de iniquidad, para restablecer en algun modo la dignidad humana, é infundir á las generaciones de la última época del mundo, cualesquiera que debiesen ser sus extravíos, un espíritu de racionalidad y de mansedumbre, que era enteramente desconocido á las edades tenebrosas y embrutecidas de los siglos de expectacion.

Los viajeros estaban tomando en paz su alimento frugal, cuando oyeron llamar á la puerta con grande estrépito, y una confusa y tumultuosa gritaria alrededor de la casa. Era una horda de hombres viles é inmundos, que venian para llenar al levita de horribles insultos, y exigir que les fuese entregado, como en otro tiempo los habitantes de Sodoma habian querido forzar á Loth á que les entregase los dos extranjeros que se habian acojido bajo su techo. Salió el anciano con la mayor ansiedad, haciendo presente á aquellos furibundos la enormidad de su comportamiento, recordándoles los derechos de la naturaleza y de la hospitalidad. Mas cuando el alma abyecta ha interpuesto entre ella y lo que es verdad y virtud, toda la ceguera y frenesí de los sentidos, ¡qué palabra puede moverla, qué luz ilustrarla, qué sentimiento distraerla del fondo de este abismo y debajo de este fango asqueroso y abominable!



En medio de aquella turbacion, y para cambiar el curso de los brutales pensamientos de la multitud, el viejo se olvidó hasta tal punto, que habló de su hija y de la mujer del levita, sin que éste osase oponerse á la propuesta que sustituía un crimen por otro crimen, sino que azorado, intimidado por obstinadas amenazas, previendo que un atentado ú otro era inevitable, y creyéndose quizá poder salvar la hija de su huésped, abandonó y entregó con indignada cobardía su mujer en manos de aquella turba corrompida y feroz. Verdad es que los antiguos pueblos se habian unánimemente conjurado para humillar la mujer: en unas partes era mirada como la propiedad del hombre: en otras, por un efecto de la poligamia legalmente autorizada ó permitida, no podia elevarse ni mantenerse en el lugar que naturalmente le corresponde y que le concilia el concepto y la veneracion pública; en todo se habia destruido aquel prestigio moral que la rodea como un cerco de honor, y que debe bastar á protegerla contra el insulto. Pero si bien este hecho general atenúa en algo la culpabilidad del levita, está lejos de destruirla. En este punto y en tales circunstancias, tiene el hombre deberes que puede no comprender en toda su latitud, pero que no le es permitido ignorar, de los cuales nada puede dispensarle mientras le quede un brazo que se mueve y un corazon que late.

Al despuntar el dia, la víctima, tristemente sacrificada, volvía á la habitacion en donde su marido se habia mantenido bajo tan trágicas condiciones. Vencida, agobiada de oprobio y de dolor, sacó de su desesperacion misma fuerza bastante para llegar al umbral de la casa. Pero allí se cayó muerta, retirándose su alma de un cuerpo, al que no habia podido eficazmente proteger, á la manera que un guerrero, rendido por la victoria, deja el suelo de su patria cuando la fortuna de las armas parece haberlo puesto sin remision bajo una dominacion extranjera.

El levita solo pensaba en salir lo mas presto posible de una ciudad en donde se gozaba de tan poca seguridad, y con esta idea, quiso abandonar la casa desde la mañana. Advierte, empero, de

repente sobre el umbral de la puerta á su mujer tendida en tierra, con las manos extendidas como para implorar venganza. Por de pronto la creyó dormida y le dijo: «Levántate y partamos.» Pero viendo que no tenia movimiento ni daba respuesta alguna, reparó con asombro que á su vista no tenia mas que un cadáver. Tomó, pues, aquellos restos inanimados, los puso sobre una de sus bestias de carga, y regresó á su morada de Efrahim. El exceso de su infortunio le dió en alguna manera una fria y bárbara energía; pues es propio solo de las débiles pesadumbres el hablar y el llorar.

Apénas llegado, armóse de un cuchillo, y dividió el cadáver en doce partes, que envió á cada una de las doce tribus de Israel. Un dolor simpático respondió á este sangriento mensaje, y levantóse un grito unánime de indignacion. «No, clamaban todos á una voz, nunca jamas se ha visto cosa semejante en Israel, desde el dia en que salieron de Egipto nuestros padres hasta ahora: decid, pues, vuestro dictámen, y resolved en comun los que debe hacerse en este caso.» A los ancianos del pueblo correspondia tomar una resolucion, despues de haberse puesto de acuerdo, porque tanto los intereses de la ciudad como los de la tribu y de la nacion entera, eran gobernados por ellos, en especial cuando el país no tenia, ni rey ni juez ó dictador. Pues en aquel tiempo el país ni aun conocia los reyes; y plenamente tranquilo, así en lo exterior como en lo interior, no estaba bajo la suprema autoridad de un juez, sino que cada cual usaba á su sabor de la plenitud de sus derechos.

Levantóse, pues, todo Israel para vengar la querrela de un levita, y desde el Líbano hasta los desiertos de la Idumea, desde las orillas del Mediterráneo hasta las montañas de Galaad, una justa indignacion reunió en pocos dias cuatrocientos mil hombres en Masfa en la tribu de Benjamin. El levita fué interrogado sobre el fatal acontecimiento cuya reparacion con tal empeño se emprendia. «Llegué á Gabáa de Benjamin con mi mujer, respondió el ofendido esposo, y allí me aposenté: cuando he aquí que algunos hombres de aquella ciudad cercaron la casa en donde posaba y quisieron matarme, y abusaron de mi mujer con tan furiosa é in-



creible brutalidad, que por último vino á morir. Tomándola luego yo, dividí en trozos el cadáver, y enviélos á todos los términos de vuestro territorio, atendido á que nunca jamás un crimen tan horrible fué cometido en Israel, ni tan abominable exceso. Presentes estais todos aquí, oh hijos de Israel: resolved, pues, lo que debéis hacer." A lo cual todo el pueblo que allí estaba respondió á una voz, como si hablase por boca de un solo hombre, que nadie volvería á entrar en su tienda ni se retiraría á su casa, hasta que fuesen exterminados los culpables, y que lo ejemplar del castigo hubiese borrado la enormidad del crimen.

La tribu de Benjamin, á la cual pertenecía Gabáa, no habia enviado representante alguno á la asamblea general. No obstante, ántes de proceder á su exterminio, se resolvió hacerle proposiciones, y exigirle una satisfaccion. En esta parte no dejó de procederse con justicia, y esta consideracion atenúa, en gran manera la terrible venganza que despues tomó Isrrael de aquella tribu pertinaz y culpable. Enviaron á ella delegados para que les dijese en nombre de toda la nacion ultrajada: «¿Cómo se ha cometido entre vosotros tan detestable maldad? Entregad los hombres de Gabáa que perpetraron el crimen para que lo expien con su vida, y se quite de en medio de Israel ese escándalo." Es ya sabido que los hebreos habian sido constituidos por Moisés en una especie de república federativa, en la cual el interés particular de las tribus debía siempre ceder al interés general y al principio de unidad. Pero ya sea que las relaciones de cada una de ellas con el resto de la nacion no estuviesen bien demarcadas, ya sea que para conservar estas relaciones se necesitasen un valor y una virtud difíciles y raros, mas de una vez estallaron sangrientas divisiones entre las tribus, y poco faltó para que las precipitaran en una total ruina. Así en aquellas circunstancias la tribu de Benjamin, queriendo conservar su libertad de accion, y el derecho de formarse su policía interior, no se prestó á unas invitaciones que, apoyadas de otra parte en cuatrocientos mil combatientes, se parecían demasiado á un mandato. Atrevióse, pues, á correr el

riesgo de una lucha prodigiosamente desigual, llamó á sus guerreros, y reunió veinticinco mil. Eran bravos y esforzados, y habia en particular setecientos hombres de Gabáa, resueltos, intrépidos, y que manejaban la honda con asombrosa precision. Mas, ¿qué podia en definitiva tan débil ejército, contra tan formidables masas?

A la verdad el buen éxito no se declaró desde un principio ni por el número ni por la buena causa. La tribu insurreccionada habia reunido sus tropas en Gabáa; púsose el sitio á esta plaza, pero con tal presuncion y negligencia, que sufrieron los sitiadores pérdidas considerables en dos inesperadas y vigorosas salidas que hicieron sus habitantes. La desgracia suele ser una saludable disciplina: conocióse la necesidad de batirse en regla, y de no prescindir de las leyes de la prudencia. Merced á un empeño mal sostenido y á una calculada huida, se atrajo á los sitiados hácia la llanura, en donde fueron enwuetos por un cuerpo de tropas puestas en emboscada. La valiente tribu perdió por fin el valor: el incendio de su ciudad que divisaba á lo léjos, las fuerzas superiores que se desplegaban á su alrededor le mostraron que acababa de desvanecerse toda esperanza de vencer ó de escapar; pero no pudo resolverse á abandonar el campo de batalla sin dejar en él diez y ocho mil hombres: lo restante se dirigió al desierto para buscar allí un asilo. Esparcidos, aislados estos infelices, perecieron casi todos en la derrota, y solo seiscientos pudieron evadir el inexorable cuchillo de sus hermanos, ganando el peñasco de Remmon, en donde pasaron cuatro meses en medio de privaciones y de angustias.

Los vencedores, llenos de furor y abrasados en la sed del carnaje y de la matanza, destruyeron la ciudad criminal, despues de haber pasado á cuchillo á sus habitantes sin distincion de edad ni de sexo. Y no pararon aquí, sino que extendiendo su venganza á toda la tribu de Benjamin, inmolaron, como en Gabáa, no solamente á los hombres de armas llevar, sino hasta los viejos, las mujeres y los niños. Habian jurado dar la muerte á todos cuantos no habian acudido á la reunion de Masfa, y á los que tal vez quedasen en vida, no darles en matrimonio á las hijas de Israel. Tan duro



juramento, dictado por un celo irreflexivo y bárbaro, fué puesto en ejecución con una puntualidad aterradora; la tribu casi entera desapareció anegada en su propia sangre.

Aparte del horror natural con que el mundo moderno contempla al través de tantos siglos estas repugnantes escenas del antiguo mundo, y de los considerables pasos que ha dado la humanidad regenerada en el respeto y miramiento á la dignidad y á la vida del hombre, merced á la transformacion del mundo moral debida á la venida del Redentor; hay que hacer algunas consideraciones acerca estos acontecimientos remarcables y ruidosos, mirándolos bajo el prisma de la época y circunstancias á que se refieren; en lo cual acostumbra ser bastante infiel la crítica de hoy dia, olvidándose amenudo del grande trecho que de aquellos nos separa, y apreciándolos como se pudieran apreciar ahora, sin hacerse cargo del estado en que se hallaban entónces las ideas y los sentimientos de los hombres.

Esta falta de criterio en apreciar los hechos, remontándonos al estado de los espíritus cuando aquellos sucedieron, se deja notar en casi todos nuestros escritores y autores de historia. Tuvimos ya ocasion de hacerlo notar en la *Palabra* académica que tributamos á la memoria del ilustre Balmes. Génios vastos y fantasías brillantes han incurrido en el grosero error de desvirtuar el verdadero móvil que impulsó el brazo español á principios de este siglo para luchar con denuedo y con un heroísmo casi temerario contra el guerrero del siglo, el sojuzgador de la Europa. Este móvil, se empeñan en que fuesen elementos políticos que la nacion apenas conocia; cuando el primer elemento fué el principio religioso y el segundo el principio patriótico, pero un patriotismo identificado con el amor al rey y á las arraigadas instituciones monárquicas. Esta es la verdad del hecho, preescindiendo por ahora de toda calificacion: lo que en contrario quiera suponerse es cuando ménos un error histórico, imperdonable en escritores españoles que afectan desconocer la nacionalidad española. Y si tan reciente acontecimiento, que pasó á nuestros mismos ojos y

del cual conserva vivos recuerdos una parte de la actual generacion, de tal modo se altera y desvirtúa ya entre nosotros, ¿qué será de la edad media, de la dominacion de los bárbaros, de los imperios alzados sobre las ruinas del mundo romano, de las épocas anteriores al imperio de los Césares y de Rómulo? ¿qué será de aquellos tiempos que reproducimos ahora, mas de doce siglos ántes de la venida al mundo del gran Reparador? Los rigores que acaban de horrorizarnos en Israel traspasan sin duda la medida de un castigo legítimo: no es por cierto una represion que cae sobre los culpables, no solo con firmeza sino tambien con discernimiento y aun sosegada gravedad; es la justicia llevada por un furor salvaje, haciendo una ciega aplicacion del principio de la culpabilidad en conjunto, é hiriendo con igual cuchilla la inocencia y el crimen, porque habitan en el mismo suelo y respiran en la misma atmósfera; como si destruir y anivelar fuese lo mismo que reparar y poner el equilibrio. Tanto dista esta táctica feroz del principio que domina como un elemento de caridad en toda legislacion cristiana: mas vale dejar impunes mil culpados, que castigar á un inocente! Sin embargo, y á pesar de todos estas reflexiones que gravitan con todo su peso en la balanza de nuestro juicio; se faltaria en admitir sobre este punto, como sobre muchos otros, el fallo de aquellos escritores sin pudor, que han procurado mancillar por su parte la páginas de la Biblia con el veneno de sus odiosas declamaciones, y desfigurado cobardemente la historia del pueblo de Dios, creyendo haberlo dicho todo solo con haber pronunciado la palabra fanatismo. Porque no es difícil comprencer que una nacion nueva aún y áspera en sus costumbres, que pertenece á los siglos mas rudos de la antigüedad, haya apelado á rigores excesivos cuando se trataba no solo de vengar el honor y la muerte de una mujer, sino tambien de sofocar la tentativa de una peligrosa separacion, y de prevenir con una ejemplar severidad los ulteriores conatos que tendiesen á destrozarse la unidad del cuerpo político por la segregacion ó insurreccion de alguna de sus tribus. Si bien aquel acto nos parece hoy dia monstruoso é inexcusable, es á causa del respeto que se profesa general-



mente á la vida humana, y de la tolerancia indefinida que caracteriza á los tiempos modernos. A buen seguro que seria indispensable aplaudir sin reserva semejante progreso, si las convicciones públicas no hubiesen perdido en energía mucho mas de lo que las leyes han ganado en suavidad; y si, proclamando la inviolabilidad de la vida humana en beneficio de los malvados, quedasen garantizadas eficazmente la existencia y la seguridad de los que no lo son. De otra parte, la causa originaria de nuestra maldad disminuye la gloria que ella podría cabernos; porque hay la misericordia de la fuerza y la misericordia de la debilidad, y nosotros practicamos especialmente la última. La duda, infiltrándose en las almas, las ha enervado interiormente, como aquellos poderosos reactivos que se emplean para segregar las moléculas de un cuerpo, y que le roban hasta su fuerza de inercia desnaturalizándole. No pudiendo los principios echar sólidas raices, ni elevarse á la altura de una conviccion en almas de tal modo desoladas, dóblanse y desaparecen bajo el huracan de las revoluciones, que se precipitan sin que nada las contenga. Las revoluciones, arrastrándonos en su curso, han hasta tal punto disminuido, mezclado y confundido las ideas, los intereses y los caracteres, los derechos, los deberes y las leyes, que con razon ó sin ella, se pregunta en los dias de crisis, si lo que se mira atacado vale la sangre que se derramaria para defenderlo. En una palabra, el hombre hecho ya flexible y dúctil como un metal á los golpes del martillo, léjos de dar su propia fuerza á los acontecimientos, se deja amoldar por ellos y recibe su imájen; el culto del éxito ha reemplazado entre nosotros al culto de los principios, y así se explica en parte la tolerancia de nuestros contemporáneos. Y aun fuerza es convenir, que no siempre escapan á la necesidad de encarnizarse de una manera horrible; con sola la diferencia, que en este caso defienden intereses, mientras que en otro tiempo se defendian doctrinas. A los que son padres ó hijos de ciertas revoluciones modernas, el rubor debiera aconsejar que se callesen acerca las crueldades políticas ó religiosas de los antiguos pueblos.

Del centro mismo de una desnivelada civilizacion ha fermentado y salido una nueva barbárie: la Europa, á fines del siglo pasado y en el presente ha visto renovarse escenas de atrocidad y de horror, desconocidas en los anales de los siglos: cada dia se invocan y cometen nuevos crímenes que no tienen nombre y por su enormidad estaban fuera de la prevision de las ley; y sin embargo se declara á esta ley por inhumana en sus castigos: existe en el seno de las sociedades cierto germen de destruccion y de muerte, que si llegase á desarrollarse en toda la extension y violencia de que es capaz, dejaria muy atrás la ferocidad de los siglos mas bárbaros y de las hordas mas embrutecidas, y se haria casi increíble á las generaciones venideras.

Sea como fuere, los israelitas, vueltos en sí mismos, contemplaron con espanto el horroroso vacío que sus propias armas habian dejado en la nacion. Reuniéronse en Silo, alrededor del Arca Santa, alzando un general plañido mezclado con lágrimas, y deplorando la extincion de la tribu de Benjamin, pues quedaba reducida en aquel entónces á seiscientos hombres refugiados debajo del peñasco de Remmon. Mandóse á estos desgraciados un mensaje con palabras de fraternal concordia, y restablecióse la paz. Pero la cuchilla habia hecho perecer á sus mujeres, y en Masfa se habia prestado el juramento de que los benjaminitas no las encontrarian en las demás tribus que habian sido fieles; y es de advertir, que aquella nacion singular anteponia el juramento mas mas irreflexivo á los mas formales preceptos del derecho natural. Así es que para proveer de mujeres á los hombres de Benjamin, les dieron las doncellas de Jabes de Galáad, que fué inexorablemente destruida por no haber enviado soldados á la expedicion general. Pero éstas no bastaron para todos: y en tal conflicto, temerosos los ancianos de Israel de que no se acabase una tribu, casi del todo destruida, y habiendo dicho ántes: Maldito sea el que diere alguna hija suya en matrimonio á los hijos de Benjamin, invitaron á éstos á tomar un partido semejante al que, siete siglos despues, tomó Rómulo para dar mujeres á sus soldados y poblar el reciente imperio que



habia fundado. «Ahora viene, dijeron, la solemnidad del Señor que se celebra todos los años en Silo, en la llanura situada al Norte de la ciudad de Bethel, y al Oriente del camino que desde Bethel conduce á Siquem y al Mediodía de la ciudad de Lebona. Escondeos, pues, en las viñas; y cuando viéreis venir á las doncellas de Silo, segun costumbre, á formar sus danzas en esta llanura, salid de repente de las viñas, y cojed cada cual una para mujer, y marchaos á la tierra de Benjamin: porque cuando vengan sus padres y hermanos, y comenzaren á querellarse contra vosotros y acusaros de esta violencia, nosotros les diremos: Tened lástima de ellos, pues no las tomado como los vencedores toman las cautivas por derecho de guerra, sino como esposos, que despues de haberlas pretendido con ruegos, no se las disteis, y así la culpa de la violencia es vuestra.» Hiciéronlo así los hijos de Benjamin como se les habia mandado, y cojieron de las doncellas que danzaban cada cual una para esposa suya, y fuéronse á su tierra, y reedificaron las ciudades y las poblaron.

Esta fué una estratagema de los ancianos de Israel para dar mujeres á los benjaminitas, sin romper el juramento que habian hecho todas las tribus de negarles sus hijas en matrimonio. No podia decirse que los padres de las hijas arrebatadas fuesen perjuros, porque no sabian el ardid, y no dieron sus hijas, sino que les fueron robadas, y ántes se las habian negado. Así, pues, se salvaba el perjurio y se proveia al bien comun.

Aquella tribu, pues, compuesta de seiscientas familias, se multiplicó gradualmente y reedificó sus ciudades arruinadas; pero quedó siempre débil y poco numerosa; hasta que, á partir desde el reinado de Salomon, se eclipsó para la historia, incorporándose en la tribu de Judá, cuyo nombre, no sufriendo rival y conservándose exclusivo, llenó con su sola celebridad los anales del reino.

Tal fué la trágica reparacion que los israelitas ofrecieron á la mujer del levita de Efraim: pocas víctimas inocentes llamaron sobre su tumba una hecatombe mas solemne, y una mas lúgubre expiacion. Y aunque sean de lamentar los excesos á que se dejó

llevar por el hecho una venganza legítima en su principio, hay en esta severidad misma y échase de ver en este inmenso trastorno de toda una nacion armada por el honor de una mujer, algo de impotente para el alma reflexiva. Sobre todo, no sin graves motivos envia la providencia tan terribles lecciones á la insolencia y á la brutalidad de ciertos crímenes. La inmoralidad es para los imperios una de las causas mas activas de su ruina: ella socaba un abismo bajo las dinastías reales y enerva el brazo de los pueblos: ella marcha dando la mano á la incredulidad, que insulta todos los derechos y se desentiende de todos los deberes: ella corroe el seno de las sociedades hasta el dia en que, tocándolas el dedo de Dios, y soplando por defuera el viento de su indignacion, las derriba hundiéndolas y ahogándolas en el cieno.

